

U N V E R A N O
C O M O a q U e L

Luis David García

Platero
COOLBOOKS 

Título: Un verano como aquel

Primera edición: junio, 2025

© 2025, del texto Luis David García Quesada.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1033-2025

ISBN: 979-13-87720-07-0

Para mis panas...

Índice

1ª PARTE	9
1 Cuando el verano se acerca.....	11
2 Un tipo envidiado	23
3 Un extraño paseo	35
4 En el campo de fútbol.....	53
5 Enamoramiento enfermizo.....	69
6 De vuelta a la rutina, de vuelta al mundo real.....	79
7 El Tío William	95
8 El día que enterramos una caja de zapatos	111
2ª PARTE	121
9 La tienda de discos	123
10 Un encuentro inesperado.....	143
11 Todo suele empezar con un beso	161
12 Sueño con otros mundos	175
13 Los Caños.....	191
14 Dulce distopía.....	205
15 Adiós, amigo envidiado.....	217
16 Años difusos	223
17 Como cada miércoles	231
Agradecimientos:.....	235

1^a PARTE

1

Cuando el verano se acerca

Corría el año 1993 y acababa de cumplir diecisiete. A principios de junio mis sentidos ya se preparaban para un nuevo y largo verano. Con la llegada de los primeros días de calor todo alrededor se transformaba mostrando su mejor versión. Las calles se desprendían de meses de letargo bañadas en nuevos colores, las flores y los árboles de los parques iban abandonando el ímpetu de la primavera para reposar en un estado de calma y merecido descanso, y las noches, más cortas y menos oscuras, te invitaban a vivirlas. En el aire, parecía flotar una finísima tela de araña, casi invisible, que te atrapaba sin remedio en el presente, poderoso como el sol de junio.

Por aquel entonces, los pueblos cercanos a la capital, que habían ido creciendo al ritmo de mi generación, habían alcanzado el estatus de «jóvenes ciudades»; eran arrogantes e impetuosas, como nosotros, y sentíamos con ellas esa comodidad, esa complicidad de los amigos que han crecido juntos. Me tocó vivir una época amable. El tiempo pasaba para todos y para todo igual, nadie se quedaba atrás ni se alejaba demasiado hacia delante.

Ahora, sin embargo, a mi edad, siento que el mundo corre demasiado deprisa. Se aleja a toda velocidad mientras intento alcanzarlo, ahogado, perdido, con la certeza de que no lo lograré. ¿Será por culpa de esa distancia por lo que, a ciertas edades, añoramos tanto el pasado? Puede que sea una de las razones; nos quedamos con la sensación de habitar un mundo incompleto y echamos de menos lo que llamamos «los buenos tiempos».

Nos refugiamos en lo que fue, en el «antes».

La palabra «antes» cobra con la edad un significado inmenso. Yo ignoré esa palabra durante tantos años. Más que ignorar, podría decir que la arrojé al más profundo de los pozos para olvidarla porque me resultaba extraña, demasiado extraña. Era como un punto oscuro y surrealista que no encajaba más que en la oscuridad de aquel pozo. Entonces era joven, y feliz; muy feliz, a pesar del poso de amargura que contiene la juventud, y mi «yo» no necesitaba tristes y anticuadas versiones de mí.

Es curioso. Ahora, cuando hace tiempo que pasé de los sesenta, ese antiguo «yo» ha vuelto para salvarme en los momentos más duros de mi vida, para devolverme esa palabra, ese mundo, ese «antes» que había olvidado. Y en su densa y acogedora bruma he encontrado la calma.

Aún, mientras escribo, no termino de explicarme cómo durante tantos años he podido vivir sin el recuerdo de los extraordinarios sucesos que, hasta donde alcanzo a vislumbrar, comenzaron cuando mi amigo Randy organizó la quedada en el campo de fútbol, aquel viernes de junio de 1993.

Sin embargo, tengo la esperanza de que cuando termine de relatar esta historia, habré comprendido en toda su amplitud lo que ahora se me escapa, hasta el más mínimo detalle. Y el círculo podrá cerrarse al fin.

Aquella mañana de junio me desperté como siempre; cansado. Levantarme era una odisea. Alejarme de la cama, el más cruel de los castigos. ¿Qué ser vivo empieza a funcionar sin haber descansado plenamente? Ninguno, a no ser que tenga que cubrir una necesidad más acuciante, como alimentarse o huir de una amenaza. Incluso para evacuar, cualquier animal sigue los pasos marcados por millones de años de evolución y, mientras orina, solo piensa en volver a su nido-madriguera-cama cuanto antes, como debe ser, a seguir durmiendo hasta hartarse. Me resultaba triste (y lo sigo pensando a día de hoy) que el ser humano, movido por su infinita codicia, hubiera impuesto tal ritmo de vida en contra de toda norma básica de la madre naturaleza.

A través de la ventana se colaba la tenue luz grisácea del amanecer y

algún que otro pájaro trinaba dando la bienvenida al nuevo día. Paré el despertador para quedarme unos minutos tumbado bocarriba, asimilando mi desdicha, mientras miraba alrededor.

Vivíamos en un barrio humilde, en una casa humilde, y compartía habitación con mi hermano pequeño, que normalmente estaba ya en marcha a aquellas horas, en la cocina o en el baño, mientras yo continuaba con mi proceso de adaptación a la vigilia.

Aunque el cuarto no era muy grande, nos apañábamos bien; ni mi hermano ni yo teníamos demasiadas cosas y nuestros bienes más preciados (en mi caso, un *walkman* azul y una caja de zapatos llena de casetes grabados) yacían debajo de las camas.

Entonces yo no era muy materialista y echaba más en falta las cosas habituales que de repente no encontraba que el último modelo de videoconsola, o la bici de moda que nunca tendría. Bastaba que mi madre hiciera limpieza para convertirme en el ser más desgraciado del barrio cuando descubría que mis zapatillas de deporte (prácticamente sin suelas) o mi camiseta favorita habían desaparecido.

En esas ocasiones perdía los nervios e iba dando vueltas por la casa gritando y al borde del llanto «¡Mamá!, ¿y mi camiseta de rayas?», «¡Mamá!, ¿dónde están mis pantalones blancos?». A lo que ella contestaba imperturbable, sin dejar de hacer lo que estuviera haciendo y con una leve y desafiante sonrisa; «Están donde tienen que estar; en la basura». Yo seguía con mi rabieta desesperada y ella mantenía una calma tensa, al acecho, esperando a que sobrepasara el límite para arrearme un tortazo. Con el tiempo, aprendí a no sobrepasar ese límite y a mantener un pulso que, en cualquier caso, siempre acababa perdiendo.

Mi madre estaba dentro del prototipo de madre de aquella época, rozando las fronteras exteriores, quizás. Nació a mediados de los años cincuenta en un pueblo pequeño y desolado, como prácticamente todo el país. Durante su juventud, en el mundo se respiraban aromas nuevos traídos por el progreso, los derechos y la psicodelia, y aunque nuestro país seguía en su propia burbuja, aún llegaban esos aires, en pequeñas dosis, impregnando de ilusiones y esperanza a las nuevas generaciones que, poco a poco, fueron despertando de su letargo.

A esa generación de mujeres abiertas a la modernidad y reivindicativas

pertenecía mi madre. Mujeres fuertes y luchadoras que, a pesar de todo, seguían llevando el peso de los hogares y los hijos con ese don de la infinita paciencia del que eran portadoras, y que no era más que grandes dosis de resignación acumulada.

Después de quince minutos conseguí levantarme y me dirigí al baño con la cabeza diez metros por detrás de mi cuerpo. En la casa olía a café y a soledad. A mi alrededor notaba la presencia de los demás como sombras lejanas y escuchaba el leve sonido, casi en susurros, de los preparativos cotidianos.

Para compensar mi remoloneo en la cama tuve que acelerar la marcha a base de esfuerzo e ingenio y mientras me iba vistiendo daba sorbos al café delante del espejo del pasillo para dar el visto bueno a mi peinado. Un mordisco a la tostada por cada libro que guardaba en la mochila y, por último, un cepillado de dientes fugaz.

Por fin, pasadas las ocho, salí corriendo por la puerta con la terrible certeza de que algo importante se me olvidaba. Atrás quedaban las siluetas en penumbra de mi madre y mi hermano, cada uno en sus quehaceres, cada uno en su propio y lejano mundo.

El sol ya asomaba templando con sutileza las calles. De camino a la parada de autobuses miraba a los transeúntes, como cada mañana, envueltos en sus letargos, llevados por la inercia a los mismos destinos un día tras otro. Me sentía identificado.

—Eh, frena. ¿Dónde vas tan deprisa? —escuché a mi espalda. Era la voz inconfundible de mi amigo Fabio, con un timbre quebrado que rasgaba el cerebro. Su sonido, a esas horas en las que mis oídos seguían en lento proceso de descompresión, era demoledor.

—Hola —conseguí decir sin vocalizar ninguna de las cuatro letras del saludo.

—¿Recordaste traer el trabajo de Historia? —Primer olvido de la mañana. Si las estadísticas se cumplían, el primero de al menos tres o cuatro. No respondí. Seguimos caminando el uno junto al otro.

—Oye, tío, ¿por qué seguimos yendo al instituto en autobús? Tú ya tienes dieciocho —le pregunté. Él sonreía. Los ojos, aún hinchados, eran dos cicatrices.

—Si te sacas el permiso de conducir este verano yo me encargo de

conseguir un coche —continué. Fabio seguía sonriendo, esta vez mirando al frente. Mientras nos abríamos paso entre la gente parecía sopesar la idea con anhelo. Sería genial, pero ambos sabíamos que nunca iríamos al instituto en nuestro propio vehículo.

—El autobús acaba de llegar —dijo por fin, ignorando por completo mi inocente propuesta.

Fabio era uno de mis mejores amigos. Aunque nos conocíamos desde que éramos pequeños, fue en el instituto donde forjamos nuestra amistad. En su primer curso Fabio repitió y al año siguiente coincidimos en la misma clase. Entonces la diferencia de edad, que en la infancia resultaba un abismo infranqueable, dejó de ser un problema.

Su familia llegó al barrio en 1980 huyendo de la pobreza a la que les había llevado la crisis industrial en su ciudad. De ser una familia pudiente pasaron a tener que empezar de cero en un barrio de la periferia como el nuestro. Pero su padre, siempre resuelto y con olfato empresarial, montó una papelería que les hizo remontar escalones en tiempo récord, aunque no sin esfuerzo. Fabio era hijo único y, desde el principio, tuvo que arriar el hombro para sacar a flote la empresa familiar.

Desde que era pequeño tuvo muy claro que quería ser científico, aunque no sabía nada acerca de la profesión. La vocación le venía de las películas, de los cómics, y de algún que otro documental que había visto sobre el universo. Al terminar el colegio, con la firme intención de perseguir su cándido sueño, decidió distanciarse de la papelería y centrarse en los estudios. El problema fue que sus padres, como todos los vecinos del barrio, daban por hecho que su futuro estaba destinado a tomar el relevo del negocio familiar que tanto esfuerzo les había costado.

Fabio tuvo que seguir trabajando a la vez que estudiaba, acumulando tensión, cansancio y frustración. La relación con sus padres se fue deteriorando y las discusiones fueron cada vez más frecuentes. Cuando por fin pasó lo inevitable y empezó a flaquear en los estudios, su cabeza dejó de luchar y comenzó a transformarse en un tipo tranquilo y lento. La resignación ganó la batalla y repitió curso. Entonces sus padres, sorprendidos y arrepentidos, cedieron en su empeño y facilitaron las cosas para que su hijo se encauzara.

Pero Fabio ya no volvería a ser el mismo. Le había cogido el gusto a

ese estado de neutralidad y parsimonia que ahora le salía de forma natural. Se había convertido en un tipo menos dinámico, menos emprendedor, pero infinitamente más feliz. Le seguían fascinando las películas de ciencia ficción y los cómics, y se bebía las noticias sobre los últimos avances tecnológicos o los nuevos descubrimientos de la humanidad, pero había desaparecido la necesidad de ser uno de los protagonistas de aquel mundo; le bastaba con ser un mero espectador.

Los estudiantes se agolpaban ya alrededor de la puerta del autobús cuando nosotros esperábamos en el semáforo. Fabio, sosegado, mantenía su amplia y plácida sonrisa sin mostrar los dientes.

—Por cierto, ¿te acordaste de pagar la cuota de junio del bus? —me preguntó.

—¡Joder, tío, eres un auténtico coñazo!

—¿Qué? Solo me preocupo por ti.

El semáforo cambió a verde para peatones. El segundo olvido del día me preocupó un poco más que el primero, sobre todo porque ya tenía encima las consecuencias.

—¿Qué vas a hacer?, ¿vas a intentar el viejo truco?

—Si no funciona vendrás conmigo, ¿verdad? —le dije, entre súplica y amenaza.

—Ah, ni lo sueñes. A primera hora tenemos clase de Química, no te lo tomes a mal. —Fabio se estaba divirtiendo—. Ánimo, saldrá bien.

El viejo truco consistía en esperar a subir al autobús de los últimos en un intento desesperado de que el conductor, cansado de mirar tarjetas e impaciente por concluir el servicio, echara un vistazo solo por encima, sin prestar atención al sello mensual que faltaba. Era un método bastante precario, pero solía funcionar. Cuando quedaban dos chicos delante de mí observé cómo el chofer miraba su reloj de pulsera y me dio esperanzas.

Era mi turno. Nada más plantar el pie en el primer escalón dije «buenos días» demasiado pronto y demasiado alto por culpa de los nervios. El conductor ni siquiera me respondió y tampoco me miró; observaba ansioso a través del espejo retrovisor izquierdo pensando ya en la inminente salida. Terminé de subir los escalones y respiré aliviado.

La media hora de trayecto hasta el instituto era como una reposición eterna de los mismos fotogramas. A través de las ventanas, un día tras

otro, lo único que cambiaba eran los colores del cielo y la forma y cantidad de nubes. En el interior predominaba el monótono sonido del motor tras el que se escondía alguna que otra conversación y alguna risa.

Yo iba en silencio, junto a la ventana, con la mirada perdida en el paisaje, como siempre. Fabio a mi lado sonriendo y con la vista al frente, como siempre. Y el aire, como siempre, estaba cargado de la resignación y la tristeza que los estudiantes escondíamos en lo más profundo, pero que no podíamos evitar exhalar con cada suspiro, cada bostezo, o a través de los remiendos de nuestras corazas.

Al bajar del autobús junto a las puertas del instituto nos fundimos con la masa de compañeros mientras la corriente nos empujaba a nuestro irremediable destino. Poco a poco, conforme nos acercábamos al edificio, el sonido del motor era devorado por otro igual de constante y artificial, que era el rumor de cientos de voces adolescentes.

Llegamos a la cancela de entrada, que hacía de cuello de botella ralentizando aún más la marcha. Una vez dentro, el recibidor principal se transformaba en un hormiguero; el ritmo se aceleraba y el ruido, amplificado y distorsionado por la reverberación, se hacía insoportable. La sirena que anunciaba el comienzo de la jornada sonaba como una alarma antiaérea y empujaba a los alumnos a darse prisa para entrar en sus respectivos refugios ante el inminente bombardeo.

Conforme íbamos entrando en las clases el caos iba desapareciendo y, a medida que tomábamos asiento, dejábamos de ser autómatas para transformarnos en individuos. Era como si, tras el contacto de nuestros traseiros con las sillas, comenzaran a aparecer los pequeños detalles que nos hacían diferentes. Un mechón de pelo teñido, una oreja llena de pendientes, la forma de lucir el uniforme; chaqueta remangada, cuello subido, medias bajadas... Entonces aparecían las caras y, tras las facciones, las personas.

Entré en la clase y me senté en mi sitio, también junto a una ventana, como en el autobús. Las mesas estaban dispuestas de dos en dos y Fabio se sentaba a mi lado. Después de la tormenta anterior, el arrastrar de sillas y el murmullo de las charlas resultaban incluso armoniosas.

Saqué mi libro de Química, mi archivador y un par de bolígrafos. Laura, una de las chicas que se sentaba detrás, llamó mi atención empujando mi asiento con el pie. Cuando me giré inexpresivo me dijo:

—¡Hola! ¿Sabes? Ayer me regalaron lo último de Aerosmith... ¡es flipante!

—¿En serio? —le contesté sin variar mi semblante.

—¡Es buenísimo! No se me va de la cabeza. ¿Lo has oído? —dijo sonriendo y, acto seguido, comenzó a cantar—. *I was crying just to get you.*

—Aerosmith ha tenido tiempos mejores.

—¡Venga ya! Seguro que ni siquiera lo has escuchado.

—No me hace falta; con lo que acabas de cantar tengo más que suficiente.

—Guau, qué crac. No te preocupes que te lo pasaré, para que tengas en tu colección al menos un disco que valga la pena.

Antes de que se me ocurriera alguna respuesta ingeniosa el profesor entró por la puerta dando los buenos días. Laura se reía por lo bajo, sabiendo que esta vez había ganado la batalla. Su compañera de mesa, que había escuchado atenta la conversación, también se reía, dando fe de la victoria de su amiga.

A ambos nos encantaba la música y desde principios de curso intercambiábamos impresiones sobre los últimos discos que caían en nuestras manos. Además, solíamos prestarnos casetes que grabábamos en cintas vírgenes para engrosar nuestras colecciones. En el fondo nuestros gustos no eran muy diferentes, pero manteníamos, en tono jocoso, una guerra abierta que consistía en ridiculizar las críticas del adversario.

El profesor se dirigió a su mesa y a cada paso las charlas se fueron apagando. Cuando llegó a la pizarra y se giró el silencio era absoluto. Carraspeó y volvió a dar los buenos días. La jornada había comenzado.

Cuando empezaban las clases el tiempo parecía caer a plomo. Durante los siguientes cincuenta y cinco minutos volvíamos a ser autómatas, dejábamos de respirar y aguantábamos el tirón envueltos en un sopor denso.

Me resultaba imposible mantener la atención todo el rato, mi cabeza se alejaba despacio a algún otro lugar y volvía de repente intentando retomar el hilo de la lección. De vez en cuando miraba por la ventana y escapaba hacia la libertad para volver de nuevo perdido. Había un reloj en la pared, sobre la pizarra, y sus manecillas a veces parecían moverse hacia atrás tomándonos el pelo con crueldad.

De repente, después de una eternidad, sonaba la campana anunciando

que la clase había terminado. Entonces disponíamos de unos minutos desde que se iba un profesor hasta que llegaba el siguiente. En esos cortos periodos de transición entre clase y clase charlábamos, reíamos, ligábamos, y devorábamos el tiempo con ansias porque era escaso y muy preciado, y había mucho por hacer.

Volvíamos a la vida durante unos instantes fugaces, hasta el siguiente «buenos días» y vuelta a las profundidades. Y así transcurrían los días, y cuando te dabas cuenta las semanas y los meses.

En el descanso entre la segunda y la tercera hora fui a los baños a fumar un cigarrillo. Los baños eran, junto con el patio, el centro neurálgico de la vida social. Te encontrabas a gente de otras clases e incluso de otros cursos. Allí solían gestarse los asuntos importantes del instituto, como los movimientos estudiantiles, los eventos deportivos y, por supuesto, los planes para el fin de semana. Era jueves, así que con toda probabilidad ese día surgiría algo.

Cuando entré en los baños solo había cuatro chicos (lo normal era encontrar entre diez y doce) que fumaban todos del mismo cigarrillo y discutían casi a gritos. Uno de ellos era Randy, un chico de mi edad con alma de líder que traía locas a todas las chicas del instituto y, según se rumoreaba, a alguna que otra profesora.

—¡Te digo que esas tetas no pueden ser naturales, me juego con vosotros lo que queráis! —sentenciaba Randy en aquel momento.

—Hola —dije mientras me encendía el cigarrillo. Me contestaron a la vez con distintas variantes («buenas», «qué tal»). Dos de ellos miraban el tabaco con deseo olvidando la discusión. Uno para cuatro resultaba una dosis de nicotina demasiado escasa.

—Pues para salir de dudas tendrás que preguntárselo —sugirió uno de ellos con una risita floja.

—No seas burro, hombre, esas no son maneras —dijo mi amigo. Y dejando de lado aquel chisme sin importancia, se dirigió a mí, plantando una mano sobre mi hombro.

—Este viernes vamos a pasarnos por el campo de fútbol a tomar algo. Apúntalo. —Yo asentí con la cabeza por respuesta mientras expulsaba una gran bocanada de humo y le pasaba el cigarrillo a uno de mis compañeros.

Así de simples eran las cosas entonces. No hacían falta grandes dotes

de organización. No había objeciones. No se hacían preguntas. Si estabas ocupado, lo cual no ocurría muy a menudo, no lo decías, simplemente no ibas. Nadie hablaba de horarios; te pasabas después de cenar y si, cuando llegabas aún no había nadie, esperabas o volvías más tarde. Si te apetecía llevar algo de beber o de picar pues lo llevabas, y si no nadie te lo reprochaba. Si querías invitar a alguien nadie te lo impedía. Las quedadas eran tan sencillas y tan exentas de responsabilidades como lo éramos nosotros mismos.

—¿Qué tal todo? —le pregunté.

—Bueno, bien. Deseando que llegue el fin de semana. Estos exámenes finales me están matando.

—Ya falta poco, aguanta —le dije y me miró con cara de no estar muy de acuerdo.

Cuando mi cigarrillo se consumió, expoliado por las numerosas bocas que lo aspiraban, bebí un sorbo de agua en la fuente y volví a mi clase.

Se notaba que era jueves porque los descansos entre asignaturas eran intensos. Al día siguiente serían desesperados. De camino me crucé con dos chicas que también venían del servicio a las que solo conocía de vista. Me quedé mirando a una de ellas y me sonrió, mientras la amiga le daba golpecitos con el codo también sonriendo. Lo más probable era que todo quedara en ese simple gesto y que no fuera a más. Pero estas pequeñas cosas ayudaban un poco a soportar el tedio de la jornada, algo en qué pensar mientras me evadía de las explicaciones del profesor o la profesora de turno.

Entré en la clase y me senté. Fabio escribía algo en su agenda. Le mencioné lo del viernes en el campo de fútbol mientras sacaba el libro de la siguiente asignatura. La profesora entró, dijo «buenos días» y el aula se fue quedando en silencio. Cuando llegó a la pizarra carraspeó, repitió «buenos días» y vuelta a empezar. Vuelta al horizonte de sucesos del agujero negro más grande de mi universo.

En mis evasiones, el episodio con la chica en el pasillo me dio para un par de minutos de entusiasmo. Al rato recurrí a la ventana, pero como ocurre con algunos medicamentos, el recurso perdía efectividad de tanto usarlo. El reloj de la pizarra repetía su broma pesada de moverse hacia atrás. Y así, atrapado en ese bucle despiadado, avanzaba la mañana.

Cuando llegó la quinta hora ya no pude más. Era la clase de Historia y, como Fabio me recordó al principio de aquel día interminable, había que entregar un trabajo que yo había olvidado en casa. No me apetecía dar explicaciones así que decidí saltarme la clase. Ya inventaría una excusa y entregaría el trabajo al día siguiente.

Cuando terminó la cuarta clase y el profesor salió del aula, recogí mis cosas y le seguí, sin que me viera, bajo la desaprobadora mirada de Fabio y de las chicas de detrás. Laura susurró «largo de aquí, cobarde; en esta clase no hay sitio para tipos como tú». Le guiñé un ojo y me puse el dedo índice en los labios haciendo el gesto de «silencio».

Aunque saltarse una hora tenía sus riesgos, en ese momento estaba tan agotado que no sentía ningún temor. Bajé las escaleras y me dirigí a la cancela que daba al patio. Los pasillos estaban casi desiertos y tras las puertas se oían las voces de los profesores que comenzaban sus lecciones.

Salí al patio y, para evitar que me vieran desde las ventanas, me senté pegado a la fachada, con la mochila al lado, mirando al horizonte. El instituto estaba construido encima de una especie de ladera y desde donde estaba se divisaba una amplia zona despejada por donde transcurrían las vías del tren y, a lo lejos, se veía la ciudad. A esas horas el sol estaba alto, en su máximo esplendor. No había ninguna nube y el cielo tenía un color azul claro y brillante que te hacía entrecerrar los ojos.

El patio no estaba totalmente desierto. En unas gradas de cemento había una pareja sentada, hombro con hombro, las cabezas inclinadas sobre un libro que sostenía la chica en sus rodillas. Tres muchachos jugaban a baloncesto. Habían dejado sus mochilas y sus jerséis tirados de cualquier manera junto a la canasta. Pequeños pájaros revoloteaban entre los árboles y, de vez en cuando, se aventuraban a surcar el cristalino firmamento.

Mientras observaba la escena, respiré hondo y fui dejándome llevar por la quietud que me rodeaba, liberándome de la tensión acumulada durante la mañana. El calor se hacía notar y unas gotas de sudor comenzaron a perlar mi frente. Me quité la chaqueta del uniforme y la lancé a un lado. Me vinieron a la cabeza la chica del pasillo, Aerosmith, y el plan de Randy para el viernes. Tres minúsculos e insignificantes momentos en la inmensidad de la jornada que bastaban para mantener a flote mi cordura.

Me vi a mí mismo al día siguiente caminando hacia el campo de

fútbol con unas latas de cerveza en la mano, y todo el sufrimiento anterior se fue disipando en la distancia transformado en una difusa bruma.

La vida con diecisiete años es simple y hermosa. Aunque uno no es capaz de apreciarlo en el momento. Todos los sentimientos son intensos, a flor de piel, tanto los buenos como los malos, y te envuelven en una espiral de ego que nace del ombligo y que lo mismo te lanza al más profundo de los abismos que te transporta al paraíso. Girando en aquella montaña rusa de inocencia no podía llegar a imaginar lo que supondría esa noche de viernes en el devenir de mi vida. Entonces no sabía que los cimientos de mi mente iban a ser zarandeados y llevados al borde del colapso. Entonces solo pensaba en el sol, en la chica del pasillo y en el fin de semana.

Cuando quedaban cinco minutos para que comenzara la última clase del día, cogí mis cosas y decidí marcharme. Por hoy ya era suficiente. Fui andando hasta la estación de trenes y cogí un tren hasta mi ciudad. El resto del camino hasta casa lo hice caminando, bajo el sol. Fue un largo paseo y, a pesar de haber salido una hora antes de lo normal, llegué a mi casa a la misma hora de siempre. Pero no me importó. En ese momento nada me importaba, más que la inminente llegada del verano.